





RECORDANDO A EDUARDO MALLEA Y MARTÍNEZ ESTRADA
**DERECHOS, SUTILEZAS
EN LA BARBARIE**



Por
Claudio Martyniuk

Ensayista, Doctor en Filosofía del Derecho y Profesor de Epistemología de las Ciencias Sociales y Filosofía del Derecho en la Universidad de Buenos Aires.

El autor recorre a través de diversos autores, etapas importantes de la historia argentina. Expone dichos de Eduardo Mallea, Alberdi, Esteban Echeverría, Ezequiel Martínez Estrada, entre otros; para repasar la historia que nos hizo, que nos hace y que nos caracteriza. Identidad, educación, violencia, desapariciones, vicios y virtudes públicas. Ser o no ser.

“Nada. En esto, ni mi Stevenson ni mi Sterne me daban claridad. Tampoco la diaria conversación con gentes de moral frívola. Y cada mañana, en la Facultad, en vez de encontrar a un maestro, a un hombre cuya función es enseñar, encontraba a un señor o a varios, abogados, cuya obligación presupuestaria era “enseñar”. Hombres vacuos, petulantes y grises, sin sentido auténtico de la vida, algunos de los cuales, en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, hacían mofa ridícula de su propia asignatura, prefiriendo a otra cosa menos miserable y más decente exhibir ante los estudiantes el airecillo de un trivial ingenio burgués. Y de estos hombres, yo me acuerdo, no me olvido. He visto a algunos de ellos tener después mando en el país, levantar sobre tantas cabezas de buena voluntad su perspicacia cínica de medradores, demagogos y políticos. Y he sentido entonces, con terror, con miedo de verificarlo, que el país que los llamaba podía parecerse a ellos”. Eduardo Mallea, Historia de una pasión argentina.

¿Habrá sido, como sospechó Alberdi, que la educación, la educación superior, fue una de las causas del empobrecimiento permanente de Argentina, por la dirección que ella da al empleo que sus habitantes hacen de su tiempo y de sus actividades? No se logró que echara raíces una cultura fundada en el valor del trabajo. Ajenos al esfuerzo y a la atención, huyendo del sudor, en el goce embotado, tras el instante evasivo o especulativo, sin esas nuevas costumbres, como llamaba Alberdi al resultado de la lección muda del ejemplo que surge del silencio fecundo de la vida privada. Todos los aparatos ideológicos en crisis, por comenzar la familia, el hogar doméstico descompuesto y en general inexistente, y también la educación primaria que a lo sumo se reduce en una



comida por cada día hábil, en los escasos meses de un ciclo lectivo sin libros y con simulación de utilización de nuevas tecnologías. La universidad, tan querida, casi reducida a entretenimiento, a mero consumo de energía.

“EN MI PAÍS Y FUERA DE ÉL HAY MUCHOS HOMBRES PATRIOTAS QUE ESTÁN CREYENDO TODAVÍA, QUE LA EDAD DE ORO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA ESTÁ EN EL PASADO, NO EN EL PORVENIR”. ESTEBAN ECHEVERRÍA, CARTA A DE ANGELIS.

Sin la costumbre de seguir reglas, de compartir reglas, con normas pisoteadas por unos en contra de otros, y otros que reclaman lo inverso para hacer lo mismo, sin conmiseración, sin intercambio de emociones. Una normatividad fundada en la hostilidad, en diferenciar al amigo del enemigo. Otra, muy diferente, fundada en la hospitalidad. Ismail Kadaré, en Abril quebrado, expone la ancestral y coherente costumbre albanesa que carga de obligaciones a quien el azar le presenta un huésped en su portal; entre esas obligaciones está la de vengar al amigo asesinado dentro del espacio del pueblo en el que debía de ser protegido por su anfitrión. La venganza -más que autorizada, obligada- es proseguida hasta la aniquilación de familias vecinas. Y todo, en origen, por

la hospitalidad. O más, por el apego a las reglas.

“Nada de política: estoy empachado con ella. Me da náuseas cuanto veo y oigo. No es poco alivio poder distraerse, apartarse la vista de tanta inmundicia y sangre, haciendo excursiones poéticas”. Esteban Echeverría, Carta a Alberdi

Desde ese origen, 1976, a esta crisis, a la crisis de cada presente acostumbrado, no se advierten ni la inteligencia ni ese “argentino que se levanta” de Mallea, ese argentino invisible que aspira a otro destino para el país. Unos, dentro del desierto metafísico y presos de la angustia, poseídos por un vaporoso “espíritu de la tierra”. Otros, en el camino ya transitado, mirando con ojos desvelados, estancados o estacados. Todos sin brújula política, bajo las nubes del cansancio, de un hartazgo derivado de la fraternidad de la sociedad política en contra de la sociedad civil. La política esa hermana en el crimen, prosiguiendo el camino abierto en el 76. ¿Cambio de valores? Nadie se suicida como en la década del 30. El Poder Judicial ineficaz como bajo la dictadura. Legisladores y gobernantes como costos que derraman palabras vacías. Y, más, cada vez más cajas negras acumuladas en cajas inmensas. Cajas que se derrumban, que guardan a generaciones divorciadas entre sí. Acumulación, en las cajas, de las mismas esperanzas,

las mismas pasiones, las mismas frustraciones, la misma superstición, el mismo retardo de nuestros ciclos. Resignación estoica para la muerte violenta. El crimen no ha dejado de bailar tango, ese espectro triste. Y cada día, menos trabajo, menos riqueza. Resignación, decadencia de ilusiones y de falsos destinos de grandeza.

“En mi país y fuera de él hay muchos hombres patriotas que están creyendo todavía, que la edad de oro de la República Argentina está en el pasado, no en el porvenir”. Esteban Echeverría, Carta a De Angelis.

“La propiedad sobre las cosas, la autoridad sobre los hombres, las relaciones entre los habitantes, el tráfico de

las mercaderías, la familia, estaban sujetas a imprevistos cambios, como plantas recién transplantadas que podían prender o morir”. Ezequiel Martínez Estrada, Radiografía de la pampa.

De la conquista a hoy, ya más que ese 1933 en que Ezequiel Martínez Estrada culmina su Radiografía, siempre pasar, extraer riqueza, hurtar y partir. Todos barbarizados en una escala de valores apócrifos, marchando atrás de dólares, atrás de vidrios de pantallas, sumisos, evasivos, conservando sólo aquello que exigía menos inteligencia para conservar huecos unidimensionales. Siempre, la borrachera con sangre humeante. Siempre, la imposición de imprevistos cambios. Siempre, el dolor y la barbarie en crecimiento. Si hasta la lucha contra la barbarie ha sido convertida en ocasión para extender el desierto de la brutalidad. ¿Nuda vida? Todavía en el desencanto que lleva a destruir todo aquello en lo que se confió. Entre el rencor y la resignación, los hijos heredan decepciones. Errantes, de una decepción a otra, en el embrutecimiento, en la miseria observada y cuantificada. Nuevamente, el vestido legal sobre maniqués apiñados, sobre materia inadvertida. ¿Identidad? Identidad de señores embotados, de siervos a quienes la angustia y la explotación no les provoca ninguna voluntad de cambio, ninguna reflexión. Sólo picardía, sensualismo hedonista primitivo. De la boca al oído se contagia la desconfianza y la angustia. Escombros, inmensa fábrica de escombros. Se forjan escombros sobre escombros. Y siempre un recomienzo (refinalizando, también siempre). Muertes que reviven muertes. Saqueos que reviven saqueos, esos saqueos que estaban en cada acción de las guerras civiles posteriores a la Independencia. Soldados que saquearon: el general Paz recuerda a unos; los familiares de desaparecidos recuerdan a otros. Policías que saquean. Hijos de la barbarie que cultivan la barbarie. Hijos, entonces, sin infancia ni juventud; hijos del empobrecimiento de la sociedad, hijos del enriquecimiento de unos pocos.

En 1982 se produjo el final de las disputas armadas, pero el ciclo de violencia -que se condensa en esa cifra, 1976- se prolonga en la economía, la política y el derecho, y afecta directamente a la mayoría de la población. Tras celdas de



desesperación e indignación, bajo la sensación de riesgo (las disputas armadas ya no son para tomar el poder, sino que se dan dentro de una sociedad civil que se consume como en un eterno retornar al estado de naturaleza), bajo la arbitrariedad, bajo la soberanía del atraso. Es la pobreza arrojada con la que se cubre el país.

Todo se desvanece en el estruendo de las palabras. Se abandona bajo la certidumbre de la derrota. Se abandona la comunidad de los humillados, y el contacto se reduce a la humillación.

“Nunca se comprenderá bien la psicología del gaucho, ni el alma de las multitudes anárquicas argentinas, sino no se piensa en la psicología del hijo humillado, en lo que un complejo de inferioridad irritado por la ignorancia puede llegar a producir en un medio propicio a la violencia y al capricho. Ezequiel Martínez Estrada.

LOS VICIOS PRIVADOS NO HAN SIDO VIRTUDES PÚBLICAS. LA EDUCACIÓN PÚBLICA NO HA SIDO FUENTE DE CIUDADANOS VIRTUOSOS. OBEDIENTES ANTE EL SOBERANO Y CRUELES ANTE EL SEMEJANTE, LA DESAPARICIÓN ES EL PASO MÁS RADICAL EN LA HISTORIA DE LOS ARGENTINOS.

Los vicios privados no han sido virtudes públicas. La educación pública no ha sido fuente de ciudadanos virtuosos. Obedientes ante el soberano y crueles ante el semejante, la desaparición es el paso más radical en la historia de los argentinos. Es, también, un extraño hápax: no ha tenido, se podría pensar, más que una ocurrencia y, sin embargo todo el pasado, este presente y aun el futuro están marcados por la desaparición. Y sobre esta desaparición se sustenta Argentina. Oculto el sustento, la desaparición todo lo arrastra, y hasta enterrará a los que viven -y que quizás sean los únicos seres que sientan como vivos- bajo la dolorosa estrella del remordimiento. “Hijos o nietos de inmigrantes rencorosos -estos, desprovistos de valoración social y de carrera política, pero con la adecuada ambición de respetabilidad para llegar a ser “empleados” de clase media-, carecíamos de la alcurnia de las “varias generaciones de argentinos” por detrás; así como tampoco poseíamos, por un lado, la paciencia, la fraternidad y la

lucha obrera y, por el otro, la violencia y el tremebundo humus del lumpenaje. Dotados, por el azar feliz de lecturas novelescas, de cierta perspicacia y delicadeza...”. Carlos Correas, La operación Masotta

Sucumbiendo al horror que nos inspiramos, enterrados en el provincialismo intelectual -que nuestra propia acción de enterrar ocultaba-, dejando que la frivolidad y la corrupción reinaran en los 90 quizás como manera de olvidar los fracasos de esa década previa en la que los hoy cuarentones serviles pasamos los veinte. De Malvinas a la economía de guerra, de la salida militar a la hiperinflación: todo preparó lo que vendría. Y pasamos imperturbables, entre el crimen y la limosna; insensibles, bajo algo impenetrable; corteses hasta el absurdo; atolondrados en la rebelión callejera. Tal vez César Aira sea el novelista de nuestra época: utiliza en sus relatos la maniobra de dar a entender

que tiene algo difícil que expresar, para tomar un camino indirecto, demasiado complicado para no ser cierto; pero se trata -como lo confiesan algunos de sus personajes- de mentir con la verdad (y viceversa): mentir con la verdad y viceversa: tal el gesto del presente. Una ironía superficial, autocomplaciente, pasatista.

Y un desenlace precipitado. (Diciembre de 2001 y el enero siguiente son equivalentes a los finales de la casi totalidad de novelas de Aira escritas a partir de “La liebre”). Un final gratuito, una agitación insensata. Siempre la desaparición como sostén, como avance, pero sólo un loco podría adoptar lo real de esta realidad. Persistiendo, entonces, en la inocencia: ahorristas inocentes, turistas inocentes, empresarios inocentes, banqueros inocentes, políticos inocentes, empleados y gremialistas inocentes, docentes inocentes, curas inocentes, policías inocentes. Ideas, prédicas inocentes: discursivas y reflexivas, afirmativas; deshaciendo lo equívoco, lo sospechoso, lo polivalente, lo exasperante; haciendo sentir que algo definido puede hacerse: así se descendió a la fraseología, la mutilación, la unilateralidad, la repetición, el entristecimiento; así se transformó el ímpetu en hastío. En libros, periódicos y aulas el entendimiento se escindió de los afectos. De libros, nuestra delicadeza que choca tanto con la crueldad, que se parece tanto al embrutecimiento.